

Las conversaciones de paz con el ELN: Un modelo de negociación diferente

Santos Alonso Beltrán Beltrán

Profesor UN-ESAP

La posibilidad de una paz sostenible y duradera se completa con la participación real de todas las organizaciones insurgentes que hacen presencia en el país. En este sentido, se hace necesario agregar al proceso de conversaciones que se ha desarrollado con las FARC-EP una dinámica de negociación con ELN que ayude a avanzar en la perspectiva de un acuerdo de paz que cobije a estas dos organizaciones armadas y que, a su vez, allane el camino hacia los cambios institucionales necesarios para la transformación del Estado y la eliminación de las causas que condujeron a la confrontación armada.

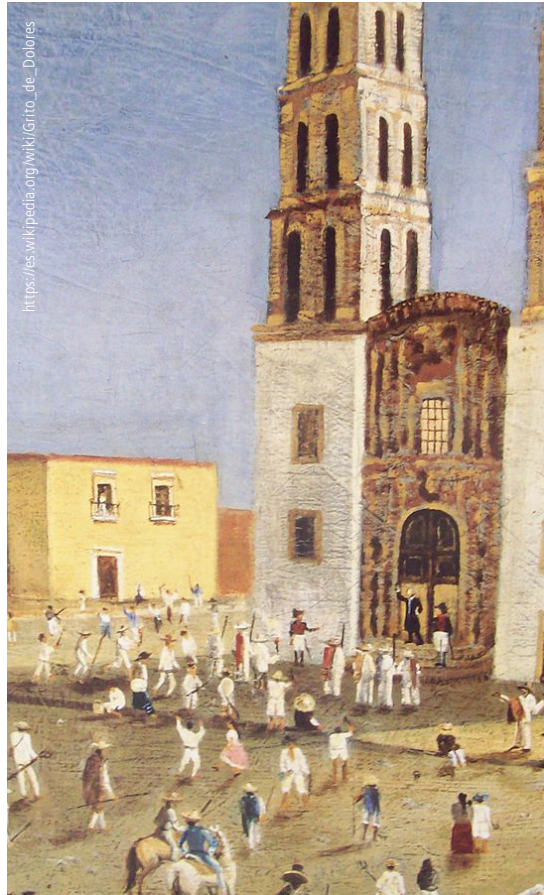
Sin embargo, la naturaleza del ELN, su modelo de relacionamiento social y el momento político y militar que vive esta guerrilla obligan a pensar un esquema de trabajo diferente y alternativo que conduzca a un proceso de negociación exitoso que a la vez se sume al iniciado con FARC-EP. En atención a ello, este artículo se propone analizar la naturaleza diferencial del ELN como organización insurgente y, con ello, derivar, en lo posible, un esquema de negociación diferente con esta guerrilla.

El ELN: Del foquismo al Poder Popular


La historia del ELN hunde sus raíces en los procesos de creación de proyectos revolucionarios a inicios de los años sesenta. La primera generación de guerrillas revolucionarias se da como resultado del efecto inspirador del triunfo de Fidel Castro en Cuba y, desde allí, se producen

en toda América Latina proyectos insurgentes orientados al derrocamiento de las dictaduras que soportaban varios países, a la eliminación de la injerencia norteamericana en los destinos de la región y a la construcción de un modelo alternativo al capitalista que se inspiraba en los procesos de desarrollo de los países comunistas. El método para alcanzar estos objetivos era el desarrollo de organizaciones insurgentes que se encargaran de llevar a cabo una lucha armada contra las fuerzas oficiales del Estado. Tras su derrota, y en el proceso de consolidación territorial de la victoria insurgente, las organizaciones armadas permitirían el fortalecimiento político-organizativo de la población con miras a reemplazar el gobierno del Estado y a la toma del poder. El privilegio de la vía armada estaba amparado en el cariz autoritario de los gobiernos en América Latina, así como en la intervención militar que los Estados Unidos desplegaban cuando sus intereses en la región se veían amenazados. Las organizaciones de izquierda que ya habían sufrido la agresión armada, tanto de los gobiernos nacionales como de las fuerzas militares del imperio, no confiaban en la posibilidad de alcanzar el poder por la vía exclusiva de la contienda electoral: las vías legales estaban agotadas y en su lugar se imponía el camino de la lucha armada revolucionaria.

El ELN se construye en este ambiente caldeado de los años sesenta al calor de las luchas estudiantiles, la radicalización del movimiento sindical petrolero y la renovación del pasado insurgente de reductos de guerrillas liberales. En su desarrollo inicial, el ELN toma a pie juntillas la radicalidad de un proyecto insurgente militarizado y en buena medida se percibe así mismo como un ejército cuyo fin es la derrota de las fuerzas oficiales mediante acciones armadas que subordinaban aun el trabajo y la relación política con la población que le rodeaba. El acendrado enfoque militar y una dirección rígida y radicalizada llevaron al ELN a la peor derrota que ha sufrido en su historia, pero a la vez le mostraron un nuevo camino en la



1810. El Grito de Dolores es considerado el acto con que se inició la guerra de Independencia de México.



Una negociación con el ELN es compleja, si compleja significa amplia e integral, y radical, si radical significa ir a la raíz del problema, y la raíz del problema no es otra que la situación concreta en la que las sociedades viven sus procesos históricos y luchan por transformarlos de manera revolucionaria. Falta ver hasta dónde llega a voluntad de conversar del Gobierno y el establecimiento nacional.

construcción de lazos y de trabajo con la población civil en aras de construir un proyecto revolucionario menos militarizado y más societal. La temprana derrota militar del ELN fue el punto de crisis y consolidación de una guerrilla inspirada en un poder de nuevo tipo, en un poder popular que se entroncaba con las luchas sociales de los habitantes del territorio y sometía a los poderes existentes al desarrollo de las estrategias de desarrollo que la comunidad, y la misma guerrilla, definían siempre en la vía de fortalecer la organización popular, la estructura insurgente y finalmente proyectar la toma del poder político del Estado.

Así las cosas, el ELN del Poder Popular que emergió a los años noventa era ostensiblemente diferente a la organización militarizada que sobrevivió hasta los setenta. El ELN, en su condición de guerrilla más societal y en su fuerte conexión con la población, desarrolló una de las aristas que el paramilitarismo aprovecharía para golpearlo militarmente al atacar a las bases poblacionales afectas y desgarnecer a la organización armada con el fin de hacer efectivo para las fuerzas militares el proceso de reducción de su capacidad bélica mediante capturas, infiltración y debilitamiento de la organización armada. El cambio de estrategia del ELN implicó una redefinición de su estrategia militar para convertirla no en un elemento de ataque a la fuerza pública sino de presión sobre la institucionalidad. Desde allí, la campaña militar del ELN fue en declive mientras se posesionaba una estrategia de crecimiento político. De esa manera se iba completando la estrategia de Poder Popular en detrimento de la dinámica militar, lo cual fortaleció al ELN como proceso de construcción de Poder Popular pero, a la vez, destruyó en parte la dinámica militar conspirativa de la organización.

A finales de los años noventa esta guerrilla sufrió el ataque del paramilitarismo que se ensañó contra las organizaciones sociales y populares, las administraciones locales y los procesos organizativos que la insurgencia había creado. El primer ataque certero



1808. Instalación del Cabildo abierto de Montevideo, Uruguay.

contra el ELN se llevó a cabo en Barrancabermeja. Allí, en uno de los procesos urbanos más consolidados de la guerrilla, el paramilitarismo –en complicidad con la fuerza pública– secuestró y luego desapareció a decenas de personas en medio de una celebración popular. Luego de este ataque, el Sur de Bolívar, el nordeste antioqueño, las zonas del Cesar y, en general, las regiones con presencia del ELN sufrieron el asesinato de sus líderes sociales, la desaparición forzada de habitantes y miembros de organizaciones sociales, el desplazamiento y la masacre de comunidades enteras por parte de esas fuerzas paraestatales. El ataque paramilitar contra el ELN confinó sus estructuras armadas a lugares de retaguardia y lo obligó a permanecer como estructura armada consolidada solo en las regiones de mayor capacidad militar, política y organizativa de la guerrilla: Arauca, Nariño, Norte de Santander. En los demás lugares, la organización se reconvirtió como proceso político y desplegó un proceso de crecimiento organizativo, de movilización social y de solidaridad y contactos con otros procesos revolucionarios del continente.

En este orden de ideas, y más allá de la imagen que el establecimiento ha tenido, el ELN se encuentra en una etapa en la que su capacidad militar no es precisamente su activo más importante, aunque su experiencia en acciones de sabotaje y propaganda armada y la forma en la que ha logrado rehuir el combate abierto con el establecimiento han dejado su estructura armada casi intacta. La importancia del ELN como estructura insurgente se ubica más en su capacidad de desarrollar procesos organizativos conectados con dinámicas armadas de sabotaje y presión sobre las autoridades políticas, pero, más aún, en su capacidad de penetrar la institucionalidad pública y orientar su accionar hacia los procesos de intervención que la organización determine como prioritarios. Una guerrilla más volcada a la sociedad puede ser en últimas un actor revolucionario que hiberna y puede desatar un poderío bélico aún más destabilizador que una guerrilla de corte más militar. El desprecio por el ELN como organización insurgente capaz de recomponerse militarmente ya fue rebatido con el proceso histórico de su replanteamiento luego de la derrota de Anorí.

Una Mesa más compleja y una agenda amplia implican para el ELN la participación de una multiplicidad y diversidad de actores y voceros de organizaciones y procesos sociales. La polifonía de la sociedad civil no puede ser acallada por la selección arbitraria de los participantes efectivos; para construir consensos respecto a los cambios, esa polifonía se convierte en el recurso idóneo. La visión de aislar las conversaciones para que no sean influenciadas por los “ruidos” de la sociedad civil, tal vez no sea esta vez la forma más adecuada de garantizar el desarrollo del proceso

Una negociación diferente

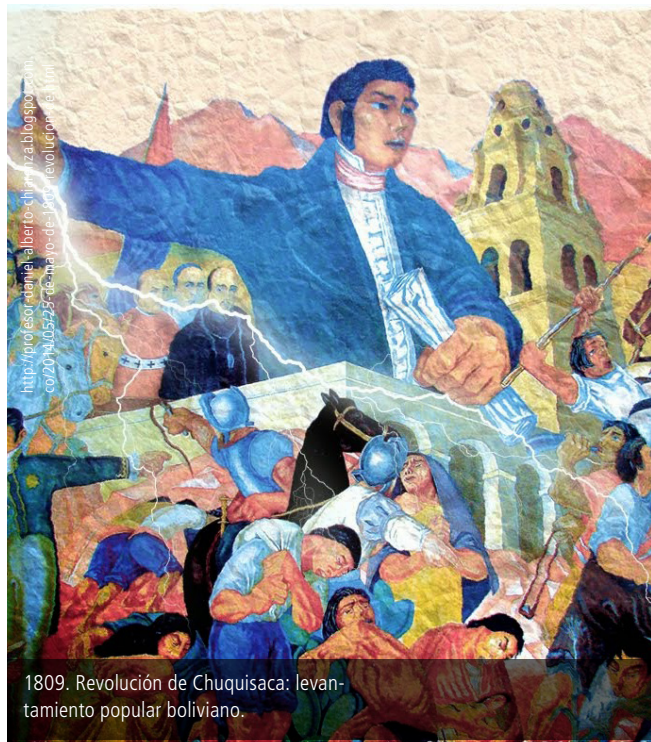
Un proceso de negociación con el ELN implica tomar en cuenta las particularidades de esta guerrilla e incorporarlas de manera constructiva tanto en la agenda y la Mesa de conversaciones como espacio de encuentro, como en atención a los actores que participan y a las previsible dinámicas de conversación. En el caso de la agenda es claro que los temas que deben incorporarse van más allá de los que tiene que ver con la confrontación armada y el tránsito de los alzados en armas a la política. Para el ELN una agenda que no incluya una discusión sobre mecanismos para la defensa efectiva de los derechos humanos, la justicia, la reparación de las víctimas, la reforma de las fuerzas militares y la reconstrucción de la memoria es una agenda limitada. De la misma manera esta organización ha insistido en discutir el reconocimiento efectivo de la participación de las minorías, el rediseño de los mecanismos e instituciones de control y la resignificación de los procesos democráticos. Además, en materia económica, el modelo, la política de explotación de los recursos naturales y la relación con los organismos económicos multilaterales han sido temas recurrentes en las demandas del ELN. Una agenda para el ELN es amplia y estructural.

En la estructura de encuentro y trabajo de las partes, el modelo de Convención Nacional que había diseñado el ELN implicaba la construcción de espacios diferenciados de negociación entre la guerrilla y el gobierno respecto del espacio de la sociedad civil y el establecimiento nacional. Los acuerdos entre el gobierno y el ELN tienen más la orientación de tratar temas de orden militar y de reconstrucción de la institucionalidad para la incorporación de la guerrilla a la vida política nacional, mientras

que los espacios de discusión con la sociedad civil se concentran en definir los cambios que el Estado debe experimentar para resolver las profundas condiciones de inequidad, exclusión e intolerancia política que se han convertido en rasgos de la personalidad histórica del Estado colombiano. El ELN no se presenta ni como intérprete ni como vocero de la sociedad civil, pero tampoco se percibe como una expresión ajena a ella.

Una Mesa más compleja y una agenda amplia implican para el ELN la participación de una multiplicidad y diversidad de actores y voceros de organizaciones y procesos sociales. La polifonía de la sociedad civil no puede ser acallada por la selección arbitraria de los participantes efectivos; para construir consensos respecto a los cambios esa polifonía se convierte en el recurso idóneo. La visión de aislar las conversaciones para que no sean influenciadas por los “ruidos” de la sociedad civil, tal vez no sea esta vez la forma más adecuada de garantizar el desarrollo del proceso. Pero no solo la guerrilla, el gobierno, los actores del establecimiento y las organizaciones de la sociedad civil deben participar; el proceso está inmerso en el espacio amplio del contexto internacional que implica escuchar a los países y a los organismos internacionales que no solo deben encargarse de facilitar el diálogo, resolver las diferencias y ser garantes de los acuerdos, sino que además deben ser los participantes idóneos para blindar los acuerdos de eventuales desconocimientos por nuevos gobiernos nacionales o por presiones de Estados ajenos al proceso.

Finalmente, las dinámicas de conversación de las partes, en un modelo como éste, deben partir de un proceso comunicativo



1809. Revolución de Chuquisaca: levantamiento popular boliviano.

afincado en el reconocimiento mutuo de las partes, de sus intereses y sus lenguajes, una especie de acción comunicativa que permita transparentar los intereses y hacerlos objetos de reflexión en la Mesa.

La negociación con el ELN debe conducir al reforzamiento de los acuerdos con FARC-EP y a la inclusión de nuevos temas para la construcción de esa paz estable y duradera que añoramos los colombianos. Una negociación con el ELN es compleja, si compleja significa amplia e integral, y radical, si radical significa ir a la raíz del problema, y la raíz del problema no es otra que la situación concreta en la que las sociedades viven sus procesos históricos y luchan por transformarlos de manera revolucionaria. Falta ver hasta dónde llega a voluntad de conversar del Gobierno y el establecimiento nacional.